

Capítulo V

El Ejército de Cuyo, esperanza americana

“Por este mismo tiempo (diciembre de 1815) –nos dice también Mitre– el vencedor de Rancagua (Osorio) fue relevado en sumando de la capitanía general de Chile, que desempeñaba interinamente, por el mariscal de campo don Francisco Casimiro Marcó del Pont, general de papel en cuya alma pusilánime San Martín inocularía el pavor, sugiriendo a su pobre espíritu todos los errores que debía cometer para poder él realizar el plan de atravesar la cordillera y reconquistar el territorio chileno.”

Pero si él habría de llevar a cabo este magno plan de expedición continental (a que se refiere Mitre), no podría hacerlo como gobernador intendente de Cuyo ni como general de un país carente de personalidad política y que había invocado hasta poco tiempo atrás el nombre de Fernando VII. Es menester que se reúna nueva asamblea, disuelta como quedó la de 1813, y que se declare de una vez la independencia de la patria. Todo el año 15 ha pasado sin que fuera posible la reunión de un congreso. Es que el país, después de la caída de Alvear, ha adquirido por la índole de la revolución que lo derrocó, una estructura muy federal y los pueblos del interior se inclinan a esta conformación política, cansados del despotismo centralista. Ya hemos visto cómo San Martín fue el primero en sacar partido de esa situación. Y esos mismos pueblos, antes de congregarse en nueva asamblea, quieren asegurar la situación creada y desconfían del congreso que patrocina el director Álvarez Thomas. San Martín, que ha hecho buenas migas con este último, y lo utiliza ya para sus planes continentales, se inclina ahora por Buenos Aires en la política de organización, porque teme –y con razón– que la tendencia descentralizadora federal pueda debilitar la acción guerrera en que se halla empeñado. Pronto quedan tendidas las líneas políticas: El litoral argentino (Banda Oriental, Corrientes, Entre Ríos y Santa Fe), en pugna con la política de Buenos Aires, después de dar su voto expreso por la independencia nacional, desde no concurrir al congreso sino bajo ciertas y determinadas garantías de orden político que aseguren lo conquistado en 1815; el resto del país se inclinará en general (algunas provincias con desgano) por la asistencia al congreso sin reservas ni condiciones. Entre los que propician esta última solución está el gobernador intendente de Cuyo. Pero don Manuel José García, desde Río de Janeiro, ha embarcado al director de Buenos Aires en una aventura desdichada que significará para la comunidad argentina la pérdida de una de sus mejores provincias: la Banda Oriental. Amenazado el director por el caudillo federalista Artigas, y temeroso al mismo tiempo de una expedición española que puede llegar por el Río de la Plata, ha consentido en que una expedición portuguesa invada el territorio argentino de la Banda Oriental para destruir al caudillo. Esa misma expedición, y el monarca que la envía, se comprometerán a defender el Río de la Plata de cualquier ataque español, porque el monarca don Juan VI de Portugal está en pugna momentánea con Fernando VII. ¡Deplorable solución!...

Y en marzo de 1816 se reúne en Tucumán el soberano Congreso de las Provincias Unidas del Río de la Plata sin la concurrencia de las ciudades y provincias ya enumeradas.

San Martín ejerce marcada influencia en algunas resoluciones de este glorioso congreso. Ya a principios de 1816, resuelto como está a llevar a cabo la reconquista de Chile, escribe al director: “ V.E. debe proveerme: primero, de doce a catorce mil pesos para mantener nuestras relaciones secretas, minar la opinión de las tropas y extraernos todo el armamento posible; segundo, con cuatro mil hombres, entre ellos setecientos de caballería, contando con que esta provincia puede poner en su actual guarnición dos mil doscientos hombres; tercero, con tres mil fusiles de repuesto, ochocientos sables, cuatro piezas de cañón de batalla de a 4, y sesenta mil pesos, de los cuales treinta mil puedo en tal lance exigir de estos vecinos; pues no es regular ir a Chile sin numerario y empezar por exacciones cuando se debe seguir un sistema en todo opuesto al de sus opresores. Por último, deben zarpar oportunamente de esas playas dos buques de toda consideración y porte, armados de cuenta del Estado y sujetos a órdenes del jefe del ejército, los que, cruzando las costas de Chile, contengan el escape de nuestros enemigos o los apresen con los grandes tesoros que de lo contrario pueden substraer, promoviendo sobre todo desde ahora estos preparativos para que nada falte en el momento preciso de la marcha”. “Yo, por mi parte, –continúa–, protesto activar cuanto alcance en mis recursos hasta formar –si es de la aprobación de V.E.– cuadros completos de oficiales escogidos entre los emigrados, los que, uniformados a nuestra táctica, serán utilísimos y podrán llenarse fácilmente en aquel país donde por sus relaciones se deben merecer la confianza y aprecio de sus naturales.”

A la política de San Martín se debió la elección del coronel mayor don Juan Martín de Pueyrredón, diputado por San Luis –de la Intendencia de Cuyo–, como Director Supremo de las Provincias Unidas. Pueyrredón fue elegido en el mes de mayo, y en el mismo mes el gobernador de Cuyo escribía al diputado por Mendoza, Godoy Cruz: “¿Hasta cuándo esperamos para declarar nuestra independencia? ¿No le parece usted cosa bien ridícula acuñar moneda, tener pabellón y cucarda nacional y por último hacer la guerra al soberano de quien en el día se cree dependemos? ¿Qué relaciones podremos emprender cuando estamos a pupilo?... ¡Ánimo!, que para los hombres de coraje se han hecho las empresas”.

La independencia fue declarada el 9 de julio. “El 25 del mismo mes (dice el oficial sueco Jean Adam Graaner, que se encontraba para entonces en Tucumán). Un pueblo innumerable concurrió en estos días a las inmensas llanuras de San Miguel. Más de cinco mil milicianos de las provincias se presentaron a caballo armados de lanzas, sable y algunos con fusiles; todos con las armas originarias del país, lazos y boleadoras... Las lágrimas de alegría, los transportes de entusiasmo que se advertían por todas partes, dieron a esta ceremonia un carácter de solemnidad que se intensificó por la idea feliz que tuvieron de reunir al pueblo sobre el mismo campo de batalla donde cuatro años antes las tropas del general español Tristán fueron derrotadas por los patriotas. Allí juraron ahora sobre la tumba misma de sus compañeros de armas defender con su sangre, con su fortuna y con todo lo que fuera para ellos más precioso, la independencia de su patria. Todo se desarrolló con un orden y una disciplina que no me esperaba. Después que el gobernador de la provincia dio por terminada la ceremonia, el general Belgrano tomó la palabra y arengó al pueblo...”

Estaba declarado solemnemente, lo que, desde la caída de Montevideo, era ya un hecho para los argentinos. Pero esa declaración, en momentos en que España señoreaba toda la América revolucionaria de 1810, en México, Venezuela, Nueva Granada, Quito, Perú, Alto Perú y Chile, resultaba de una insólita osadía y a la vez importaba un compromiso, tan solemne como la misma declaración, ante los países oprimidos del continente. Porque sin jactancia puede asegurarse que, en la segunda mitad del año 16, toda la esperanza de América podía estar cifrada en aquel ejército de Cuyo que, como resultado de la independencia argentina ya declarada, se convertiría en el Ejército de los Andes.

Los españoles ocupaban Venezuela desde 1815; en diciembre de ese año había tomado Morillo a Cartagena (lo que le valió el Título de *Conde de Cartagena*); en mayo de 1816, estaba en Bogotá y ejercía las más crueles y bárbaras represalias. En Quito dominaban los realistas desde 1812 y una tentativa de Bolívar sobre Venezuela –desde Haití– (marzo de 1816) había fracasado lamentablemente. “Adversidad enorme en la vida de Bolívar –dice un historiador venezolano– que, sin embargo, no flaquea y torna a Haití, en consecución de nuevos recursos. Morillo ocupaba ya a Venezuela con la escuadra más grande que hasta entonces había cruzado el Atlántico, con 15.000 veteranos españoles, incluyendo la infantería de marina, que pronto serán reforzados por 2.500 veteranos más, dirigidos a Maracaibo y Panamá, a las órdenes del brigadier Miyares y del mariscal de campo Alejandro de Hore, reforzados por nueva expedición europea de 3.000 hombres al mando de Canterac, más los 10 o 12.000 venezolanos aguerridos de 1814, ahora al mando del feroz canario Morales. Tan orgulloso estaba el general Morillo de su ejército, que lo consideraba como: “Ejército cual jamás salió de España en número y calidad de tropas, ni aun en los tiempos más felices, pertrechado de todo cuanto puede necesitar en largo tiempo. Son aquellos –decía de sus soldados– que supieron humillar a los Masenas (sic), Sules (sic), Dupones (sic), Victores, etcétera, y ahora sabrán hacer desaparecer a los de la escuela miserable de los Bolívaes.”

Gravísimo momento aquel en que el nuevo Estado argentino carga sobre sí la responsabilidad de llevar la libertad a la América española. Solamente medido el peso de aquel compromiso, puede explicarse, aunque no justificarse como quieren algunos, la flaqueza del congreso al entrar en componendas con el rey de Portugal y en maniobras para la instauración de una monarquía, todo enderezado al fin culminante de la guerra. El pueblo nunca miró con simpatía tal solución, y en el litoral luchó con admirable denuedo, conducido por sus caudillos, contra la invasión de los portugueses al suelo argentino.

Tan celoso, tan exclusivo, tan irreductible ha sido el pueblo argentino en todo lo tocante a su independencia, que en el mismo mes de julio de 1816 hubo de modificar el congreso el acta del día 9, a moción del diputado Medrano, para agregar a la frase que dice:... “si querían (los diputados) que las Provincias de la Unión fuesen una nación libre e independiente de los reyes de España y su metrópoli”, esta otra: *y de toda otra dominación extranjera*, porque –según lo dijo el mismo diputado Medrano– “había que sofocar el rumor de que existía la idea de entregar el país a los portugueses”...

El general de Mendoza, sin abstenerse por completo de la política, porque es hombre de sentido práctico y nada iluso ni visionario, cree ya asegurada su campaña, pero mide también sus dificultades sobre todo cuando vuelve los ojos a la inmensa mole de granito que se le

opone. En junio de 1816 escribe a Guido: “Lo que no me deja dormir, no es la oposición que puedan hacerme los enemigos, sino el atravesar estos inmensos montes”. La verdad es que fáltanle todavía muchas cosas para poner en acción todo aquel complicado mecanismo de su ejército. Pero el nuevo director Pueyrredón ha prometido su apoyo y, en viaje de Tucumán a Buenos Aires, celebra en Córdoba su famosa entrevista con San Martín. Pueyrredón, como Posadas, como Álvarez Thomas, rinde acatamiento al hombre superior. “Me he visto con el dignísimo Director que tan acertadamente han nombrado ustedes –escribe San Martín a Godoy Cruz–. En dos días con sus noches hemos transado todo. Ya no nos resta más que empezar a obrar...Pasado mañana partiremos cada uno a su destino con los mejores deseos de trabajar en la gran causa.”

Y el director Pueyrredón, apenas llegado a Buenos Aires, crea el Ejército de los Andes, *con la denominación con que ha pasado a la historia*. Organiza su estado mayor y San Martín es investido por el congreso con el carácter de capitán general. El gobernador de Cuyo delega entonces el mando político en el coronel Toribio de Luzuriaga “a fin de concentrar en sus manos la plenitud de facultades políticas y militares de un jefe expedicionario en tierras lejanas”.

En los últimos meses de 1816, la voluntad del prócer se traduce en un prodigio de actividad y de geniales arbitrios. Abundan las anécdotas en aquella vida de afanosos trabajos y desvelos. “Son numerosas –dice el general Mitre– las anécdotas que de él se recuerdan. En una ocasión hizo ademán de entrar al laboratorio de mixtos, vestido con uniforme de general, con botas herradas como se usaba entonces y espuelas, contra sus propios reglamentos. El centinela le prohibió la entrada por dos veces. Sin decir palabra volvió atrás, se vistió un traje de brin y calzó un par de alpargatas, permitiéndosele entonces la entrada. Luego hizo relevar al centinela, y con ademán severo le regaló una onza de oro. En otra ocasión se le apersonó un oficial de su ejército pidiéndole hablar con el ciudadano don José de San Martín, y no con el general, y le confió bajo la fe de caballero que era habilitado de un cuerpo y había perdido al juego la cantidad destinada a su abono mensual, haciendo promesa de enmienda. El general, sin decir palabra, se dirigió a una gaveta y le entregó en onzas de oro la suma perdida al juego, diciéndole al ponerla en su mano: “Entregue usted ese dinero a la caja de su cuerpo, y guarde el más profundo secreto, porque si alguna vez el general San Martín llega a saber que usted ha revelado algo de lo ocurrido, en el acto lo manda fusilar”. A uno de sus ingenieros, mientras dibujaba bajo su vista un plano secreto en que le hacía consignar sus reconocimientos de la cordillera, le dijo en tono entre amistoso y amenazador: “Mucho pulso en el dibujo”. Y agregó: “Si mi mano derecha supiera lo que hace mi izquierda, me la cortaba”. Su actividad, como la de los corredores de raza, se manifestaba con aparente lentitud, pero uniformemente, por movimientos rítmicos, cortos, seguidos y repetidos sin interrupción, así es que abrazaba todas las esferas de su reducido dominio. Era todo, hasta obispo y juez supremo por autoridad propia. A dos frailes franciscanos, que se habían mostrado, según él, “contrarios a la regeneración política”, los suspendió oficialmente de la facultad de confesar y predicar, manteniéndolos reclusos en los claustros de su convento hasta segunda orden. A los curas les recomendaba que en sus pláticas y sermones “hiciesen ver la justicia con que la América había adoptado el sistema de la libertad”, y notando que descuidaban esta prevención, les enderezó por la vía de pastoral una circular “en la inteligencia que tomaría providencias más serias si no cumplían con tan sagrado deber”. Obligado a ser duro en el ejercicio de su autoridad en

materia de delitos políticos, había impuesto pena de la vida a todo el que comunicase con el enemigo. Sin embargo, sucedió que en una causa seguida contra unos espías de Osorio, conmutó la sentencia de muerte en trabajos forzados y en la pena moral de expectación pública de los reos con un letrado en la frente: “Infieles a la patria, indecentes amigos del tirano Osorio” y hacía publicar su fallo por bando para escarmiento de los ignorantes paisanos y para que odiasen tan feo delito.”

Todo lo hace servir a su futura expedición, y la guerra de zapa, como la guerra de nervios que decimos ahora, ocupa en su programa de labor cotidiana tanto lugar como la organización de la milicia. También son muchas las anécdotas que muestran al gran general de los Andes como hombre fértil en ardides y estratagemas de toda especie. “Los documentos existentes –nos cuenta el general Mitre– prueban el hecho extraordinario en la historia de que a esta guerra de zapa tan hábilmente conducida por un solo hombre, debióse la insurrección latente del pueblo chileno que precedió al paso de los Andes y aseguró de antemano el éxito de la reconquista de Chile. Difícilmente se encontrará en la vida de los grandes capitanes una lección más llena de enseñanza sobre este complicado y original género de hostilidades. Su primer ensayo fue el de un maestro en el arte de engañar a su enemigo. Aprovechándose de sus ruidosas desavenencias con Carrera y sus parciales, se entendió con algunos emigrados chilenos a fin de que manifestasen deseos de regresar a su país, quejándose de la miseria, de las persecuciones de que eran víctimas. El gobernador, manifestándose muy irritado, los confinó a la ciudad de San Luis bajo la vigilancia de la policía. Entre las fingidas víctimas de la tiranía contábase el oficial don Pedro Aldunate, cuyos padecimientos llegaron a oídos de Osorio y encontraron eco en la misma *Gaceta del Rey*, que era su órgano oficial. En seguida desterró por perjudicial al mayor chileno don Pedro A. de la Fuente. Pocos días después, este último se fugaba y pasaba la cordillera y era activamente perseguido por el camino opuesto al que había llevado, mientras presentaba al general español su orden de destierro como certificado que lo abonaba, lo que no impidió fuese reducido a prisión como sospechoso. A la fuga (de) de la Fuente siguió la de Aldunate, quien, recomendado por las aparentes persecuciones que había sufrido, fue benévolamente recibido y obtuvo que se pusiese en libertad al compañero de infortunio que le había precedido. Fueron éstos los dos primeros agentes secretos de los patriotas que se introdujeron en Chile para preparar su reconquista.”

Habíale nacido al general una hija (Mercedes Tomasa) el 24 de agosto de 1816, pero no podríamos imaginarlo inclinado sobre la cuna de la pequeña y sumido en las dulzuras del hogar, porque su actividad en esos mismos días es asombrosa, e iniciado septiembre, anda por el sur, en largos parlamentos con los indios pehuenches, que han de engañar en Chile al general Marcó. Al director Pueyrredón, hombre superior a Posadas y a Álvarez Thomas, que le han prometido todo su apoyo, le toma de tal modo la palabra y lo exprime tan gentilmente que lo hace prorrumpir en interjecciones más enérgicas que la atribuida al general Cambronne...

En carta del 2 de noviembre le dice Pueyrredón: “A más de las 400 frazadas van ahora 500 ponchos, únicos que se han podido encontrar..., está dada la orden para que se remitan a usted las mil arrobas de charqui que me pide; para mediados de diciembre, se hará. Van oficios de reconocimiento de los cabildos de esa y demás ciudades de Cuyo. Van los despachos de los oficiales. Van todos los vestuarios pedidos y muchas más camisas... Van 400 recados. Van hoy,

por el correo, en un cajoncito, los dos únicos clarines que se han encontrado. En enero de este año se remitieron a usted 1.389 arrobas de charqui... Van los 200 sables de repuesto que me pidió. Van 200 tiendas de campaña o pabellones, y no hay más. Va el Mundo. Va el Demonio. Va la Carne. Y yo no sé cómo me irá con las trampas en que quedo, para pagarlo todo, a bien que, en quebrando, cancelo cuentas con todos y me voy yo también para que usted me de algo del charqui que le mando y ¡c...! no me vuelva usted a pedir más, si no quiere recibir la noticia de que he amanecido ahorcado en un tirante de la Fortaleza". Y en otra: "Adiós mi amado compañero; estoy formando un derrotero hacia los Patagones, para irme con varios amigos, si no salimos bien en la empresa de Chile".

A fines de 1816, estaba San Martín "listo para la de vámonos", como él mismo lo dijo. El Ejército de los Andes tenía 5.200 hombres, 10.000 mulas de silla y carga; 1.600 caballos de pelea para maniobrar en el llano; 600 reses en pie para ser faenadas en el camino; 900 tiros de fusil y carabina; 2.000 de cañón a bala; 2.000 de metralla y 600 granadas. Además todos los aprovisionamientos más necesarios para la campaña. Como le faltaran todavía mulas, escribió a Guido: "Si no puedo reunir las mulas que necesito me voy a pie... Es menester hacer el último esfuerzo en Chile pues si ésta la perdemos, todo se lo lleva el diablo".

También la expedición necesitaba una bandera. Al terminar la comida de esa Navidad de 1816, celebrada en casa de Doña Laureana Ferrari de Olazábal, el general San Martín, desde una de las cabeceras de la mesa, después de "brindar por los presentes y por nuestra patria, manifestó deseos de que se confeccionara una bandera para su ejército". "Inmediatamente – cuenta la señora de Olazábal– Dolorcitas Prats, Margarita Corvalán, Merceditas Álvarez y yo, nos comprometimos a proporcionarla gustosas; desde el día siguiente, con Dolorcitas Prats, que estaba parando en casa, nos dedicamos a buscar la seda apropiada para la obra, pero, desde luego, dimos con el inconveniente de no encontrar el color adecuado; en una tienda de la calle Mayor hallamos una seda que mostramos a San Martín, pero le pareció demasiado azul; tampoco encontramos seda de bordar color carne, para las manos del escudo; así pasaron los días, recorriendo las tiendas de Mendoza, sin encontrar ni una ni otra cosa, y San Martín quería que para el día de Reyes el ejército tuviera su bandera"...

Poco después, el 30 de diciembre, la autora del relato y Remedios de Escalada salen a recorrer los comercios mendocinos: "Ya desesperábamos de encontrar la tela –dice–, cuando fuimos a parar a una callejuela que llamaban del *Cariño Botado*; allí había una tiendita tan pobre, que íbamos a pasar de largo en la seguridad de que no tuvieran lo que buscábamos, pero salió el tendero y nos ofreció con tanto afán sus mercaderías, que nos dio lástima y convinimos en entrar y comprarle alguna cosa, y ¡cuál no sería nuestra alegría, cuando al observar las pocas piezas de tela que había, encontramos justamente color de cielo, como deseaba San Martín! Inmediatamente, Remedios se puso a coser la bandera, mientras nosotros preparábamos las sedas y demás menesteres para bordar; de dos de mis abanicos sacamos gran cantidad de lentejuelas de oro; de una roseta de diamantes de mamá, sacamos varios de ellos, con engarce, para adornar el óvalo y el sol del escudo, al que pusimos varias perlas del collar de Remedios. En cuanto estuvo hecha la bandera, dirigidas por Dolorcitas Prats, nos pusimos a bordar; la primera dificultad fue dibujar el óvalo del escudo; no sabíamos cómo hacerlo, cuando Dolorcitas, que para todo tenía ingenio, tomó una bandeja de plata que había en el comedor, y pasando un lápiz contra los bordes, quedó marcado el óvalo deseado en la

bandera; otra idea de Dolorcitas fue poner en agua hirviendo, con lejía, unas cuantas madejas de seda roja que había, para bordar el gorro frigio; de esa manera, perdió la seda el color de tal modo que vino a quedar del rosa más o menos deseado para bordar las manos”.

“Como recordarás –termina la señora de Olazábal–, celebrando tu día hubo invitados en nuestra mesa esa noche, y aprovechando la presencia de San Martín, le prometimos tener listo el estandarte para el 5 de enero próximo; y así fue; trabajamos sin darnos punto de reposo, y la misma Remedios nos ayudó, bordando muchas de las hojas de laurel que rodean el escudo; por fin, a las dos de la mañana del día 5 de enero de 1817, Remedios Escalada de San Martín, Dolores Prats de Huisi, Margarita Corvalán, Mercedes Álvarez y yo estábamos arrodilladas ante el crucifijo de nuestro oratorio, dando gracias a Dios por haber terminado nuestra obra, y pidiéndole bendijera aquella enseña de nuestra patria, para que siempre la acompañara la victoria; y tú sabes que Dios oyó nuestro ruego”...

En los primeros días de 1817, el 5 de enero es la jura solemne de la Patrona del Ejército en la Plaza Mayor de Mendoza y la bendición de la bandera, ceremonia de la que algunos contemporáneos han dejado memorias y reseñas que no concuerdan en detalles, pero sin duda fue acto de mucha pompa y solemnidad que dejó profunda huella en la memoria de quienes lo presenciaron. El día 24, aquel gran capitán se despide del pueblo de Mendoza en una proclama y dice de él: “Cerca de tres años he tenido el honor de presidirlo y sus heroicos sacrificios por la independencia y prosperidad común de la nación, pueden numerarse por los minutos de la duración de mi gobierno”. El grueso del ejército había emprendido ya la marcha para internarse en la cordillera...

Agenda de Lecturas

Para la parte de política interior y la diplomacia desde 1816 a 1820, puede consultarse el *Redactor del Congreso*, reimpresión facsimilar, y las *Actas secretas del congreso constituyente, etcétera*. Todos estos documentos están incluidos en la obra titulada *Asambleas constituyentes argentinas* (dirigida por E. Ravignani). Lecturas cortas y útiles para la materia de este capítulo, y de otros más, ofrece el libro *Tiempos heroicos* de Ángel Rivera, inteligentemente elaborado y muy ameno. La página de Graaner pertenece al libro de ese oficial sueco titulado *Las provincias del Río de la Plata en 1816*, de reciente aparición. La carta sobre la bandera de los Andes y otras lecturas sanmartinianas se hallarán en el libro *San Martín visto por sus contemporáneos* de José Luis Busaniche. Sobre El litoral y el *Congreso de Tucumán* puede ser de utilidad un artículo del autor aparecido en el diario *La Nación* del 9 de julio de 1941.

José Luis Busaniche. *San Martín vivo*. Cap. V. pp. 59-71. 2ª ed. Buenos Aires: Emecé, 2000.

